

"HIPPIES" EN SAN FRANCISCO

LOS DOMINGOS DEL GOLDEN GATE PARK

LIBERTAD UNA VEZ A LA SEMANA

EN distintas ocasiones, y repetidamente, se ha hablado de la muerte de los «hippies». En la mayoría de los casos se trataba de marcarse una victoria por parte de quienes lo hacían, de declarar con satisfacción que «la plaga» había terminado. Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. Ni tan tranquilizantes para aquellos a quienes la existencia de los jóvenes de largo cabello, vestuario anarquizante e ideas pacifis-

tas inquietan. Ha pasado, sí, la moda «hippy». Han pasado los días en que las señoritas de la buena sociedad se creían que con ponerse unas flores en el cabello, pintarse otras en la cara y, cuando el atrevimiento llegaba al colmo, colocarse un «badge» con una inscripción más o menos audaz ya estaba todo hecho. Ha pasado y ha sido para bien.

Hace sólo unos días, a raíz de la muerte de Brian Jones, miem-

bro hasta hace poco de los Rolling Stones, el famoso grupo musical británico, primero tras los Beatles, celebraba un concierto en Hyde Park al que asistían, como homenaje póstumo al guitarrista desaparecido, entre un cuarto y medio millón de «hippies». Auténticos. No de guardarropa. Se trataba de la mayor manifestación de «hippies» de los últimos años a escala europea. De la constatación, también, de que no habían muerto.

Pero en la actualidad no es Europa, ni siquiera se puede decir que sea Inglaterra, el lugar de elección de los «hippies». Los hay, sí, y el acto de Hyde Park es buena prueba de ello. Los hay en Ibiza, aunque vayan desplazándose hacia Formentera. Y en París. Y en la Piazza di Spagna, de Roma. Pero son pocos.

Es San Francisco de California, en este momento, el principal centro de reunión de los «hippies» que van quedando.



San Francisco de California es actualmente el principal centro de reunión de los "hippies". Los alegres domingos de Golden Gate Park son allí el día de la libertad, el momento de la gran fiesta semanal diferente a todo...

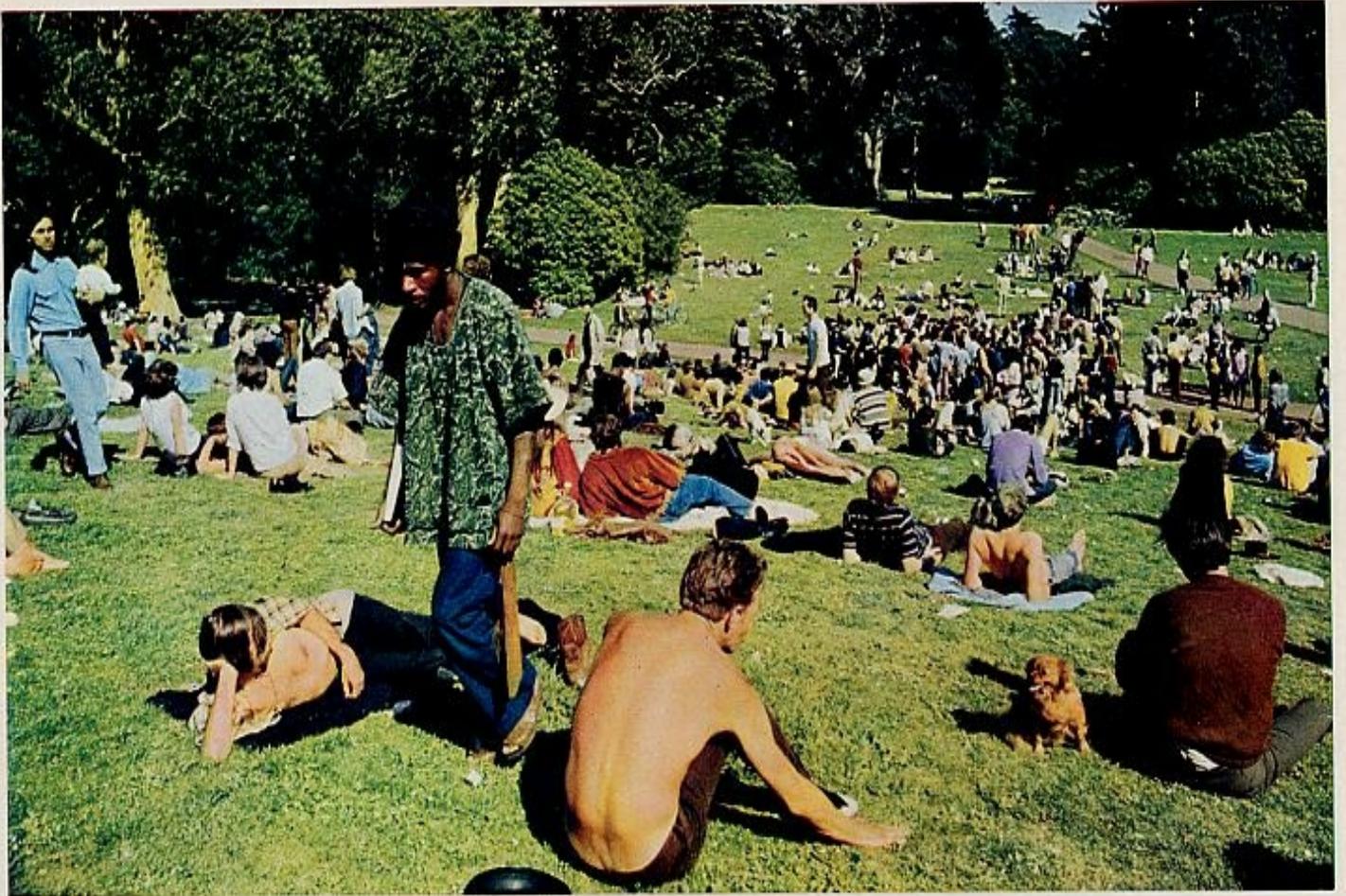


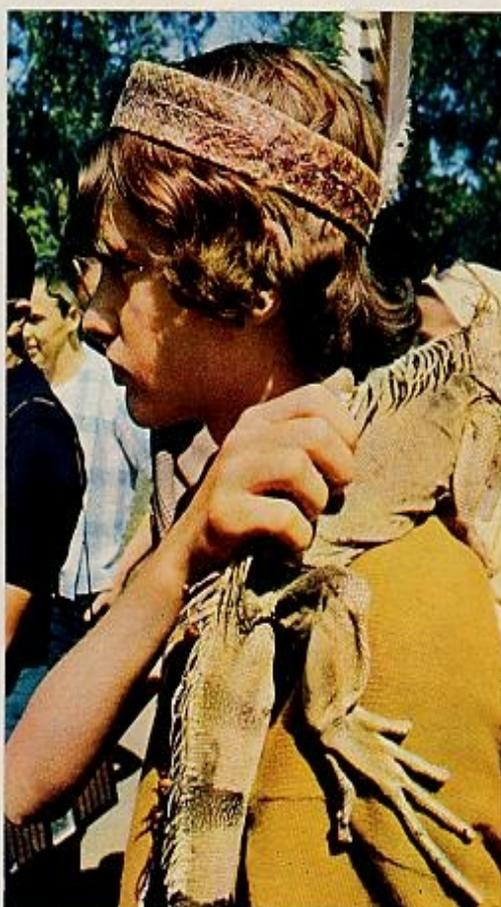
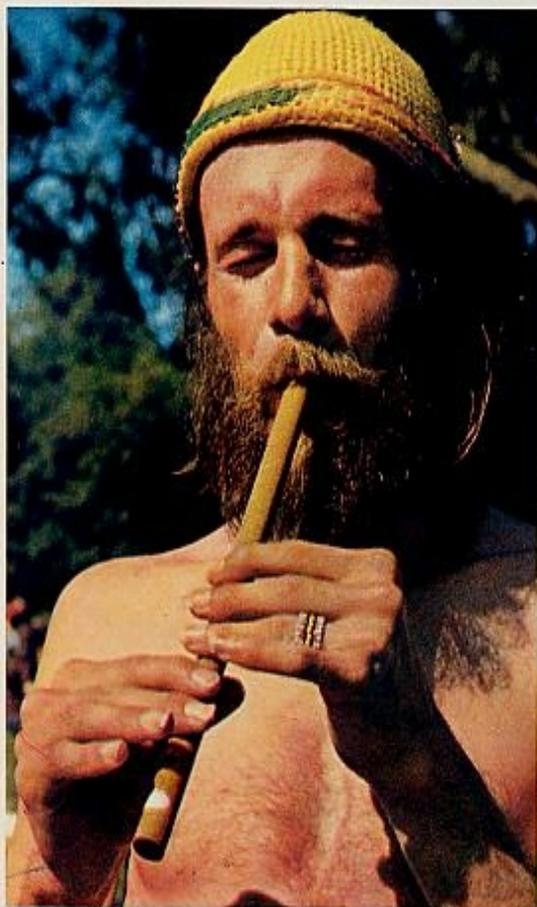


*San Francisco es una ciudad que ha sabido respetar a los "hippies".
Nadie se mete con ellos. Las madres de familia burguesas dejan libre el parque durante el domingo.
El ambiente, entonces, nada tiene que ver con el habitual.*









Han desaparecido los colorines, se han abandonado las flores: pero ello no supone que haya cedido la agresividad "hippy", hecha precisamente de no-agresividad, de pacifismo a ultranza... San Francisco es su último reducto.



Que no son tan pocos, repetimos, como algunos quisieran. Han cambiado, incluso, de nombre, al irse produciendo disensiones en grupos al principio compactos. Se han llamado «freebes», «be-ins». Pero eso es lo de menos. Se han quitado colorines de la piel, han abandonado las flores. Mas ello no quiere decir que hayan cedido en su agresividad, hecha, precisamente, de no-agresividad. Cada domingo, desde hace tiempo, se reúnen en el Golden Gate Park, y allí proceden a una ceremonia que no tiene nada de secreta. Discuten sus puntos de vista, hablan de la paz, de la naturaleza, del amor al prójimo. Vienen por centenares, por miles. No sólo de los distintos barrios de la ciudad, sino de ciudades adyacentas. Santa Mónica, Los Angeles, Sausalito. Son, todos, jóvenes. Muchachos, muchachas. Algunos llevan a sus hijos, colgados a la espalda. Durante un día entero están a sus anchas. Bailan, cantan, «fuman», se aman con toda inocencia. Se trata, una vez a la semana, de la gran fiesta «hippy». Luego vuelven a sus barrios, a sus ciudades, que quizá les sean hostiles.

San Francisco, evidentemente, no lo es. Allí, en la que quizá pueda considerarse la ciudad más civilizada de Estados Unidos, en la que es, sin duda, la más bella, nadie se mete con ellos. En otras, más pequeñas, es diferente. Los prejuicios están más arraigados, el puritanismo hace estragos. Para ellos, para los que viven en estas ciudades, los domingos de Golden Gate Park, situado a la vera del impresionante puente con el que hemos llegado a familiarizarnos a través del cine, suponen la liberación. Ese día, las madres de familia burguesas que ocupan el parque el resto de la semana lo dejan libre, a disposición de sus ocupantes de unas horas. Nadie va a inmiscuirse en lo que hacen, en cómo lo hacen. Está permitido. Incluso la desnudez total.

¿Qué suponen los domingos del Golden Gate? Quizá, a escala colectiva, muy poco. Para quienes participan en ellos, indudablemente, mucho. Y como dato significativo, el respeto de una ciudad hacia algo que le es ajeno. Cuando el Village neoyorquino tiende, cada día más, a convertirse en un centro de atracción turística, que acabará al cabo de pocos años siendo lo que hoy es el Montmartre parisino, cuando la civilización de consumo hace de los «hippies», de los falsos «hippies» uno más de los elementos que la clase consumidora se complace en devorar, resulta satisfactorio ver como al menos en un rincón del mundo ellos, admitanse o no sus posturas, comiéguese o no con su idea del mundo, encuentran un lugar donde, aunque sólo sea una vez a la semana, campar por sus respetos. Sin molestar a nadie. Sin ser, por tanto, molestados.

Mientras tanto, el «hippy-objeto», el «hippy» decorativo, languidece. «Hair», el sensacional «musical» que inició su carrera en un pequeño local «off-Broadway» y se convirtió en poco tiempo en uno de los mayores éxitos mundiales, va adulterándose a través de las sucesivas puestas en escena de que es objeto en distintos países. Mientras todo el mundo está de acuerdo en la función de rebusivo liberador que desempeña en las representaciones de Nueva York, Estocolmo, Londres, la unanimidad se produce cuando se trata de hablar de la «recuperación» que han supuesto las de París o Acapulco... Evidentemente, la burguesía es capaz de digerirlo todo. Las obras teatrales y los «hippies» que las inspiran. Lo que no quiere decir que por el hecho de ser digerible algo, alguien no pueda ser, al menos originariamente, auténtico. ■

Reportaje gráfico: MICHELE VIGNES, GAMMA.